

hacer mayor la fiesta determina.

La corte toda al templo le ha seguido;
y pues que nuestra falta conocida
no podrá ser en tanta concurrencia,
esperemos en estas galerías

á que vuelva, si quiere honrar el lado
de Garcerán Manrique, Hernan García.

Garc. Sí, Garcerán: agradecido admito
tu cortés expresion; mas no repitas
memorias, que ó del todo están borradas,
ó tan notablemente obscurecidas.

Esperemos, sí, á ver con indolencia,
que en tan enorme subversion prosiga
el desórden del reino y su abandono,
del intruso poder la tiranía,

el trastorno del público gobierno,
nuestra deshonor, el lujo, la avaricia,
y todo vicio en fin, que todo vicio
en la torpe Raquel se encierra y cifra
en ese basilisco, que de Alfonso
adormeció el sentido con su vista
tanto, que solo son sus desaciertos
equivocas señales de su vida.

Siete años hace que el octavo Alfonso
volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
y esos hace tambien que en vil cadena
trocó el verde laurel que le ceñía.

¿Pues cómo, cuando dices sus hazañas,
Garcerán, no repites la ignominia,
conque hace tanto tiempo que en sus lazos
enredado le tiene una judía?

¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,
la esclavitud ignominiosa olvidas
de la plebe infeliz sacrificada
de esa ramera vil á la codicia?

Cómo de la nobleza y de sus fueros
omites el ultrage y la mancilla?

Reina es Raquel: su gusto, su capricho,
una seña no mas ley es precisa
del noble y del plebeyo venerada.

Estas hazañas añadir debías
á la historia de Alfonso, si te precias
de ser, ó Garcerán, su coronista.

Man. Permíteme admirar el que así olvides
la obligacion, Hernando, de la antigua
nobleza de tu sangre. Los leales
jamás acciones de su Rey critican,
aun cuando el desacierto los disculpe.
Los Reyes dados son por la divina
mano del cielo; son sus decisiones

Leyes inviolables, y acredita
su lealtad el vasallo, obedeciendo.
Quien sus obras censura, quien aspira
á corregir sus yerros, el derecho
usurpa de los cielos, y aun vendria
á ser audacia atroz...

Garc. Cuando se aparta
de lo que es justo el Rey, cuando declina
del decoro, que debe á su persona,
lealtad será advertirle, no osadía.

En el excelso trono es donde debe
resplandecer mas tersa la justicia;
y un Rey con sus acciones mayor cuenta
debe tener: que el vicio que sería
apenas conocido en las cabañas,
si en los palacios reina, escandaliza.

Man. El que profiera quejas...

Garc. No me quejo
de Alfonso yo: lamento la desdicha
de este reino infeliz, presa y despojo
de una infame muger prostituida:
del Rey el ciego encanto, las prisiones
conque esta torpe hebrea le esclaviza:
la soberbia, el orgullo, el despotismo
conque triunfa del reino cada dia.

La primera persona de la corte
es Raquel: á su obsequio se dedican
los grandes y pequeños, que presumen
ser las bajezas puertas de la dicha.

Quién, Garcerán no teme, aunque su ilus-
nacimiento y conducta le distingán, (re-
caer en su desgracia? De su arbitrio
penden honor, hacienda, fama y vida:
agotados del reino los tesoros

tiene su profusion: su altanería
por sumision, adoracion pretende;
besarla el pie, doblarla la rodilla,
el medio de medrar es en la corte.

Y esto los ricos hombres de Castilla
deben sufrir? Es esto ser leales?
esto no es lealtad, es villanía.

Manr. Conozco tu razon; veo que Alfonso
hácia su perdicion se precipita:
de Raquel la injusticia considero:
pero Alfonso es mi Rey: Raquel me obliga
con beneficios: fil y agradecido
debo ser á los dos; que ofenderia,
si obrara de otro modo mi nobleza.

Mas Raquel sale.

Garc. Qué desvanecida

la tiene su privanza y su fortuna!

Manr. Qué belleza tan grave y peregrina!
Garc. Y qué bien entre godos capacetes
parecen, Garcerán, tocas judías!

*Salen Raquel, Ruben y acompañamiento
de judíos y judías.*

Raq. O Garcerán!

Man. En hora buena salga
á dar esmalte nuevo al claro día
la aurora de Toledo. Tantos siglos
goces esa beldad, Raquel divina,
cuantas arenas de oro el rico Tajo
revuelve en sus corrientes cristalinas.

Garc. Qué torpe adulacion!

Raq. Tanto agradezco,
Manrique, tu atencion, cuanto me admira
ver, que los ricos hombres desamparen
de Alfonso el lado en tan notable día;
y ociosos en las cuadras de palacio
asistan, cuando fuera mas bien vista
la asistencia á su rey, en los que tanto
se precian de leales.

Garc. Qué osadía!

Man. Yo... Raquel... Mi respeto...

Garc. Su respeto á Manrique,
los nobles á su Rey solo dedican.
á Raquel.

Cuando Alfonso en la Navas de Tolosa
esgrimió contra alarbes la cuchilla;
ó cuando los persianos escuadrones
en los campos domó de Palestina,
entónces le seguí, sin que á su lado
faltase mi persona noche y día.

Mas ahora, que en fiestas se entretiene;
que no hay fieros contrarios que le envis-
y que guerras de amor solo sustenta, (tan;
no ha menester, Raquel, mi compañía.
Tropas de aduladores le acompañen
de tantos que alimenta la codicia,
mientras viva en su corte: que en campaña
siempre el primero fué Fernan Garcia.

Raq. Qué presuncion tan fiera! Tus razones
bien la aspereza bárbara acreditan
de tu rústica cuna, y tu crianza.
Lo inculto de los montes de Castilla
no llevan fruto menos desabrido
que tu barbaridad y grosería.
Patria de fieras, y de atrevimientos
han sido siempre: bien lo califica
la avilantez conque de Alfonso el nombre

ha insultado tu voz. Y si se fia
en su piedad el grave desafuero,
conque á él te atreves, advertir debias,
que aunque piadoso es rey: que de su arbi-
dependen las fortunas y las vidas: (trio
y no están muy seguras las del necio,
que no teme á Raquel por su enemiga.

Garc. Qué vanas amenazas! Los vasallos
que como yo su lealtad confirman
con tantas pruebas: que su sangre ilustre
en defensa de Alfonso desperdician:
aquellos que en sangrientos caracteres
de heridas por su nombre recibidas
llevan la egecutoria de sus hechos
sobre el noble papel del pecho escrita,
ni temen amenazas, ni calumnias,
por mas que les combata la malicia.
Pero á tí, á quien estéril de esos montes
el terreno parece, es bien que diga,
(para que de un error te desengañes)
que á esas montañas que desacreditas,
la libertad de España se les debe;
que en el alarbe yugo gemiria
por ventura hasta hoy, si su aspereza
no hubiese producido esclarecidas
almas, que con valor y atrevimiento
sacudiesen del cuello la ignominia.
Y no cansado su feraz terreno
espíritus produce todavía,
que el vicio y la maldad abominando,
poderla derribar al fin corrian
del supremo lugar, del alto asiento
que tan indignamente tiranizan. *Vase.*

Ra. Qué esto sufra! qué siendo yo de Alfon-
dueño absoluto, (acábenme mis iras) (so
á ultrajarme se atreva así Fernando!
Visteis tal libertad, tal osadía?

De qué el poder me sirve, si á mis plantas
no ofrece el labio, la cerviz no humilla?
Pero hoy verá Toledo con asombro
castigadas sus locas demasías.
O cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo
de ver sus atíveces abatidas
impaciente me tiene. Tú, Manrique,
advierte luego á Alfonso.

Man. Si te obliga
con esto mi obediencia, ya te sirvo. *Vase.*

Ra. Ruben, soy yo Raquel? Soy quien solia
en el alma de Alfonso, y en su corte
ser adorada en vez de obedecida?

Soy quien las riendas del gobiernó tiene en sus manos? quien premia, y quien castiga? Sácame ya, Ruben, de tanta duda: (ya? que al verme así ultrajada y ofendida, mi poder y mi suerte desconozco, y pienso que no soy la que solia.

Rub. No al enojo la rienda, Raquel bella, sueltas así. De Hernando la osadía honras con tu pesar. Yo te he criado; por mi astucia, Raquel, y mi doctrina te has dirigido en toda su privanza, desde el dia feliz, en que rendida al imperio quedó de tu hermosura de Alfonso octavo la soberanía. Que acertados han sido mis consejos, sus felices efectos acreditan.

Esta verdad supuesta, la venganza no está en tu mano? Pues por qué fatigas tu corazon con tales sentimientos?

Muera Fernando, muera quien irrita á Raquel; y si el reino se le atreve, libre de su rigor no quede vida; pero sea, Raquel, con disimulo: no armes con amenaza la malicia: sientan el golpe los que te ofendieren, primero: que el amigo de tus iras; Alfonso cuanto pides te concede: su corazon, su cetro y monarquía riges á tu albedrío. Pues si tanto te puedes prometer, en qué vacilas?

Muera Fernando, el pueblo, la nobleza, y si te ofende, abrásese Castilla.

Ra. Abrásese Castilla, y muera Hernando: sí, Ruben; mas tan graves demasías no deberán sentirse?

Rub. No lo niego: mas deberán hallarte prevenida. Siempre el favor persiguen enemigos, que es la privanza madre de la envidia. Los ricos hombres tienes agraviado; pues los honores que á ellos se debian, por tu mano se dan á los hebreos. Si los ofendes tú, qué maravilla es que se quejen ellos? Mas ya el ruido manifiesta, que Alfonso se aproxima. Ya llega.

Raq. Ahora de mi justo enojo tendré satisfaccion; verá García, si se ofende á Raquel impunemente, y si es bien temerario quien la irrita.

Salen Alfonso, Manrique, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Aplíquese al desorden el remedio, Alvar Fañez, si da lugar la ira al discurso.

Ra. Admitid, amado Alfonso, (de rodillas) una alma ...

Alf. Raquel, calla: no prosigas: apartándola no cuando el corazon en iras arde, ahogue las venganzas que fulmina. Segunda Troya al fuego de mi enojo ha de ser hoy Toledo: quién creeria tan audaz desacato? Se ha olvidado Castilla, de que Alfonso la domina? Sabe que aquesta espada, aqueste brazo es seguro de la parca contra vidas de traidores? y qué... Pero, qué dudo? Lugar no quede, puesto no se omita sin exámen: procúrese el alevé autor de aquella voz tan atrevida, tan indigna de pechos castellanos: los cómplices se busquen que la animan; que á mi poder protesto, y á los cielos, que el grave desacato escandaliza, que ha de ser mi venganza y su castigo acombro de Toledo y de Castilla.

Parte tú, Gareerán: los sediciosos asegúra si puedes ó averigua, que ha de ver hoy España y todo el orbe si Alfonso octavo de quien es se olvida.

Man. No quedará lugar que no se inquiete en busca del traidor. *Vase.*

Alvar Fañ. Tan conmovida está Toledo, que será difícil poderla sosegar.

Alf. Pues mientras rija este brazo el acero victorioso, rayo que intentos bárbaros derriba, tiemble Castilla, España, Europa, el orbe de Alfonso la venganza.

Raq. Sumergida estoy en confusiones.

Alf. Tú, Alvar Fañez, sígueme.

Ra. Así, Alfonso, de mi vista deteniéndole sin oirme te apartas? En qué culpa ha incurrido mi amor? Tú te retiras de mí, grave y severo? Qué mudanzas son aquestas, Señor?

Alf. Nada me digas

aquesto es ser Alfonso desdichado,
y Raquel la ocasion de sus desdichas.

Vase con el acompañamiento.

Raq. Ay de mí, qué he escuchado! Tú Al-
explicame este arcano. (var Fañez,

Alvar Fañ. Pues te avisan

que eres tú la ocasion de tantos males,
la respuesta te puedes dar tú misma. *Vas.*

Raq. Estoy despierta, ó sueño por ventura?

A Ruben.

Rub. No sé, Raquel: la misma duda agita
mi discurso y razon; imaginando
que es cuanto he visto, sueño ó fantasía.

Raq. Qué especie de dolor tan inhumano
es este, ó corazon, que por primicias
de los males y sustos que me aguardan,
me ofrece la tirana suerte mia?

Quién de tanto favor se prometiera

tan no esperada, tan mortal caída?

y quién, hecha, fortuna, á tus halagos
pudiera recelarse tal desdicha?

Alfonso me aborrece: sus desvíos

de mis temores la verdad confirman:

pues cómo podrá ser ya venturosa,

la que se ve de Alfonso aborrecida?

qué necio quien se fia de la suerte,

sin advertir, que el tiempo y que los dias,

que ciudades destruyen y edificios,

favores y privanzas aniquilan!

Qué causa puede haber, amado Alfonso,

para tanto desvío? mis caricias

en qué te han ofendido, que por premio

solo odio y desagrado se concilian?

Mas ay de mí! que en vano me desvelo,

en buscar la ocasion de mis fatigas;

pues la suerte que empieza á perseguirme,

por doblarme el dolor, querrá encubrir la.

Rub. Así, Raquel, tu corazon desmaya

en tan fuerte ocasion, donde es precisa

la constancia mayor? En los principios

si un mal, aunque sea leve, se descuida,

fuerzas del abandono va cobrando,

que el remedio despues inutilizan.

Reciente es este mal; aun se está en tiempo

de poderle acudir; quien averigua

la causa de un dolor, con mas acierto

aplicarle podrá la medicina:

Inquiérase, Raquel, de esta desgracia:

la ocasion; que despues de conocida,

si no cede á remedios ordinarios,

buscará los extremos mi malicia.

Ra. Bien, Ruben, me aconsejas: en qué du-

el yugo vuelva la cerviz altiva (das?

segunda vez Alfonso: el fin se logre,

y el medio sea cualquiera que tú elijas.

Lícito es cuanto sea conveniente:

propia moral de la venganza mia.

Ruido dentro.

Mas ay de mí! qué estrépito confuso

oir se deja? El alma pronostica

el corazon, latiendo apresurado,

algun cercano mal.

Rub. Ya mas distintas

se perciben las voces: nunca pruebas

mayores dió de sí la cobardía,

que al escuchar rumor tan temeroso.

Voz dent. Muera Raquel, para que Alfon-
so viva.

Raq. No es delirio: verdad es la que toco:

y esto sufre mi enojo? esto mis iras?

Espera, vulgo bárbaro, atrevido,

que si mi sangre á derramar conspiras,

verás que á costa de la tuya sabe

defender y guardar Raquel su vida.

Mas ay de mí infeliz! adónde corro

sin consejo, ó Ruben? Ya se averiguan

las causas del enojo y del desvío

de Alfonso: quién lo duda? Hernan García

el pueblo ha sublevado. Qué consejo

me das, Ruben?

Rub. Ceder á la desdicha. *Vase.*

Raq. Tú tambien me abandonas?

Salé Man. Si procuras

la vida conservar, que aquí peligras,

huye, Raquel; en la vecina torre

de este alcazar te salva; conmovida

está toda Toledo en daño tuyo;

huye del riesgo, el mal presente evita.

Raq. Ay de mí! qué es posible lo que es-
cuelho?

Que hicieses mutacion tan repentina,

engañosa deidad, que la que un tiempo

tanto elevaste, así la precipitas?

Mas si es fuerza ceder á la fortuna,

huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan

hoy á tus desventuras esas torres,

que fueron el teatro de tus dichas.

Vase.

Man. Ya se fué. El alboroto va creciendo:
pero ya el Rey...

Salen Alfonso, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Manrique...? apresurado.

Man. Quién podría persuadirse, Señor, tal desacato? El pueblo como el ruido lo publica, el alcazar rodea: en grave riesgo está vuestra persona: la atrevida voz que se oyó en el templo esta mañana, el vulgo alborotado abanderiza; y cuando yo pensaba contenerle, como mandaste, vi que Hernan García el intento feroz acaudillando, la acción acaloraba, y en la grito era el primero á quien se le escuchaba: muera Raquel, para que Alfonso viva.

Alf. Qué es esto? pudo Hernando (es increíble) cometer tan infame bastardía? (ble Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas de su fidelidad, ahora conspira (bas contra mí? aquel Hernando?)

Manr. El disimulo mas culpable, Señor, y mas indigna hace toda traición.

Alv. Fañ. No así motejes, si otra prueba no tienes mas precisa, de Hernando el proceder.

Man. Tú le disculpas?

Al. Fañ. Yo de un noble jamas alevosías me persuado, y el crédito suspendo en caso igual á la evidencia mi ma.

Alf. Pues yo por alevoso le declaro; quien tropas de traidores acaudilla, quien á su Rey se atreve, no merece otro nombre, otro trato, otra divisa. Mas si es traidor Hernando, su garganta el filo probará de mi cuchilla, contra alientos y espíritus alevos centella de las nubes desprendida. Hernando muera, muera los traidores que me ofenden con él, y....

Sale García.

Garc. Bien fulminas arrojándose. contra mí esa sentencia, Hernando muera: en su sangre se embote la hoja limpia de tu acero; pues siendo en tu desgracia, no apetece vivir Hernan García.

Alf. Cómo, traidor?

Garc. Injustamente, Alfonso, Poníendose en pie.

ese nombre me das; y pues te olvidas de mí sé y lealtad, que bien debieras tener con tantas pruebas conocidas, escúchame, y suspende por un breve momento los enojos que te incitan, conocerás tu engaño, y la calumnia, conque á mi honor se atreve infame envidia.

Alf. Qué disculpa has de hallar que abonar pueda

tu exceso, tu traición, y tu osadía?

Garc. Sabrás la, si me escuchas.

Alf. Pues empieza:

aunque por este instante para oír, sin olvidar tu ofensa, mis enojos, mi indignación, y mi furor reprima.

Garc. Esa voz, que de escándalo y desorden el viento puebla, ó noble Alfonso octavo, monarca de Castilla, quien por siglos cuenta el tiempo feliz de tu reinado: esa voz, que en el templo originada profanó del lugar los fueros santos, y de la magestad los privilegios tan injuriosamente ha vulnerado: si el fin, si los intentos se examinan, y el celo que la anima contemplamos, aliento es del amor mas enecadido, voz del afecto mas acrisolado.

Voz es de tus vasallos, que de serlo testimonio jamas dieron mas claro, que cuando mas traidores te parecen, que cuando los estás mas infamando. Estos, porque tu error se desvanezca, los mismos son, que en tus primeros años, cuando para el recobro de tus reinos Marte armó de valor tu tierno brazo, por tu amor derramaron de sus venas la hidalga sangre: los que acompañando el cruzado pendon en Palestina, rey de Jerusalem te coronaron. Estos los mismos son que al luso altivo, el bravo aragonés con el navarro, fieros usurpadores de tus tierras, echaron con baldon de tus estados: los que postrando el leonés orgullo en Palencia y Simancas, desterraron de Fernando el dominio ó tiranía, que vínculos de sangre pretextando, se arrogó tu tutela, cuando fuiste pupilo en nombre, en realidad esclavo.

Aquellos son, cuyas gloriosas armas
de Tolosa en las Navas, y en Alarcos
terror y afrenta tantas veces fueron
de inmensos escuadrones de africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
por mi boca: los mismos que postrados
á tus pies el remedio solicitan
de extremos males, de insufribles daños.
Cuán grandes estos sean, bien parece
que no hay necesidad de recordarlo,
cuando para notarlos y advertirlos,
cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
te pintarán con infelices rasgos
la triste situación en que se hallan
sus altivos espíritus gallardos.
Pero cómo han de estar sino marchitos
campos á quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados
solo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel. Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejás de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el reino tiraniza castellano;
no solo de los ricos hombres triunfa,
no solo el pueblo tiene esclavizado,
no solo ensalza viles idumeos,
no solo menoscaba tus erarios,
no solo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
obscuramente yace en su ignominia,
siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
ya no es Alfonso rey: aprisionado
le tiene entre sus brazos una hembra;
pues, cómo ha de ser rey el que es esclavo?
Estos los timbres son de tus victorias?
Este el fin de tus triunfos y tus laureos?
De este modo coronas tus hazañas?
Para esto de la fama al metal claro
diste gloriosa voz con tus proezas?
Para esto al noble esfuerzo de tu brazo

venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados,
obscureciere, Alfonso, tu memoria,
deshonrase tu nombre y tu reinado.
Si solo el fin los hechos califica,
qué sirven los principios acertados,
cuando son desaciertos los extremos?
Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos
años

llenases con tu nombre todo el orbe,
si es ignominia ya lo que fue aplauso?
Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
y sacudiendo este infeliz letargo,
oye de tus vasallos los clamores,
si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
de comercio tan torpe, y los estragos
que va causando en los cristianos pechos
del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora
de su misma pasión arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía;
los medios culpo, cuando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
si mi verdad necesitase pruebas,
algun adulador que está escuchando.
Por contener la furia impetuosa
que en mí se compromete, yo me encargo
de exponerte las quejas y motivos
que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
ni me arrepiento, ni la acción retracto.
Mas si acaso te ofenden estas quejas,
y el enojo y pasión te ciegan tanto,
que á castigar te incitan por delitos
las pruebas del amor mas acendrado,
esgrime ya los filos de tu acero
contra mi cuello fiel, que está esperando
Arrodillándose.

darte de mi lealtad el testimonio
postrero con la sangre confirmado.
Alf. ¿Qué secreta violencia y poderío
encierra la verdad, ó cielo santo,
que cuando van á fulminar mis iras
venganzas y castigos; cuando el brazo
va á ejecutar el golpe de su enojo,
queda al oírle inmóvil y pasmado?

Alzando á García.

Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene la virtud. Ya su imperio soberano en tus voces, Fernando, reconozco, y adoro sus preceptos en tus labios. Soy Alfonso? soy rey? soy de Castilla el invicto caudillo, y quien la ha dado tantas victorias? Ya mi error conozco: ya advierto mi pasión, veo mi engaño, y ya, ó divina luz, con tus reflejos todo el horror descubro de este encanto.

Ya el letargo detesto en que he vivido: ya, nobles y leales castellanos, sobre sí vuelve Alfonso á los avisos que á sus errores vuestro amor ha dado.

Hoy vereis, que si escándalo del reino ha sido su abandono tantos años, la enmienda que medita, á borrar basta del yerro la memoria y el retrato.

Salga Raquel del reino: los hebreos salgan tambien con ella desterrados; que ni quiero delicias ni riquezas, si en perjuicio han de ser de mis vasallos.

Tú, Fernando, del pueblo conmovido sosiega el alboroto; y tú entretanto, Alvar Fañez, dispon que del destierro se formalicen el decreto y bando.

Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces supo triunfar de egércitos contrarios, y añada á sus vasallos esta prueba del amor que les tiene Alfonso Octavo.

Garc. Permítame, que el labio humilde imprima

en tu planta real. *Arrodillándose.*

Alvar Fañ. Deja que dando

Arrodillándose.

muestras de gratitud mi gozo explique.

Alf. No os detengais, que el pecho atormentado está en la dilacion. (mentado)

Alvar Fañ. Ya te obedezco. *Vase.*

Garc. A ejecutar Alfonso, tus mandatos, parto veloz. A tu benigno imperio erigirá Castilla simulacros. *Vase.*

Alf. Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa? Pero, qué dudo? Parte apresurado:

busca al punto á Raquel: di, que la espero.

Man. Lo haré, como mandais. *Vase.*

Alf. Tiranos astros, dónde llega el rigor de vuestro influjo?

Esta pena, este golpe reservado

me teniais? Alfonso de sus fieles castellanos con tanto desacato requerido? no es este atrevimiento?

No; que la pretension es justa, y cuando con razon pide el súbdito no ofende; que de culpa le absuelve y atentado lo justo de la instancia. Qué congojas, qué pasiones y efectos tan contrarios atormentan al alma! Qué es posible que á su reino motivo Alfonso ha dado para que á su decoro se le atreva?

Mas ó cuán neciamente que lo extraño! No se ha olvidado Alfonso de sí mismo? pues qué mucho es, le olviden sus vasallos?

Pero Raquel no sirve á mi locura de disculpa? el dulcísimo milagro de su beldad? O suerte rigurosa! con cuánta confusion lidio y batallo! Pero no soy Alfonso? De Castilla el monarca no soy? Ceda al sagrado ser de la magestad un vil afecto.

Las débiles pasiones de lo humano á la vista del sólio desaparezcan.

Dehaga de mi juicio los nublados la luz de la razon, que ya despierta del letargo mortal de tantos años.

Pero aquí Raquel sale.

Sale Raq. En tu presencia á Raquel tienes ya: del vulgo airado entrégala al furor y la venganza: redime tu peligro con su daño.

No me llamas para esto? Esta fineza no es el premio que tienes preparado á mi amor? en qué dudas? Raquel muera: muera, pues en amarte te hace agravio.

Alf. Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofende. No añadas al dolor que sufro y paso. (desde tu insulto el rigor y tirania.

Yo darte á tí la muerte! yo que te amo! que solo á influjo de tus ojos vivo! que apetezco la vida solo, en cuanto ofrenda puede ser tu belleza!

Tal presumes de mí? O cuán contrario es mi intento, Raquel! Salvar tu vida á costa de la mia, es lo que trato.

El pueblo (ya lo ves) que Raquel muera, ó salga de Toledo, está clamando.

O qué extremos, Raquel, tan rigurosos! Quién el medio hallara de conciliarlos?

Mi valor y poder no son bastantes

á refrenar su orgullo. Si retardo
cumplir su gusto, á su furor te expongo:
si de mi alcázar, ó Raquel, te aparto,
cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.

Raq. Qué en fin dispones
apartarme de tí ?

Alf. El rigor del hado,
mi desgracia pronuncia esta sentencia;
el Pueblo te condena, no mi labio.

Raq. Tropas son de traidores sediciosos.

Alf. Sí; pero prevenidos y arrestados.

Raq. Pues castiga su loco atrevimiento.

Alf. Cuando fuera posible egecutarlo,
temiera que la mina rebentara,
y causase en tu vida mil estragos.

Raq. Desecha ese temor: arma tu diestra;
y si acaso el horror te oprime tanto,
que tu antiguo valor inhabilita,
por tí este empeño tomará mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semíramis segunda hoy en Toledo
á tus pies postraré cuantos osados,
cuantos rebeldes, cuantos alevosos
aliento dan al sedicioso bando.

Alf. Deten, Raquel, la planta: no al peligro
así te precipites sin reparo.

Que te ausentes es fuerza.

Raq. Tú lo mandas ?

Alf. Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

Ra. Tú en fin, para que muera, me destierras ?

Alf. Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
á morir de esta ausencia me condeno.

Raq. Qué no hay remedio ?

Alf. Yo ninguno alcanzo.

Raq. Y ouándo he de partirme ?

Alf. Luego al punto: (plazo,
pues cuanto mas, Raquel, se alargue el
corres mayor peligro. Cuántas ansias
siente mi corazon al pronunciarlo!
A Dios, Raquel.

Raq. Qué en fin así me dejas? *deteniéndole.*

El cariño, Señor, de tantos años,
de tanto amor las prendas no te mueven?
Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
desatiendes así ?

Alf. Suerte enemiga,
á qué ocasion tan fuerte me has guiado!

Raq. Qué resuelves en fin ?

Alf. Que partas luego.

Mas ay de mí! que aqueste duro fallo
contiene la sentencia de mi muerte.

Pero en qué me detengo? en qué reparo?
Huya Raquel á conservar su vida,
mientras queda á morir Alfonso octavo.

Vase.

Ra. Pues ya, Alfonso, que ingrato me aban-
desatento, cruel y temerario, (donas,
si me has amado, si en tu aleve pecho
de aquel volcan amante queda rastro,
permítame el cielo, que estas cosas mira,
y está tu ingratitud considerando,
pases por el dolor de verme muerta
al acero eruel de tus vasallos:
que queriendo vengar estas ofensas,
no logre tu rigor egecutarlo;
que mi sombra interrumpa tu reposo,
y que en pesar continuo y largo llanto
llores la desventura, ingrato Alfonso,
que Raquel, por amarte, está esperando.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Raquel y Ruben.

Ru. Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,
engañada Raquel ? así remeabas
la ruina y eversion del pueblo hebreo?
Así, Raquel, redimes las miserias
de tu infeliz Nacion ? Así el injusto
bando revocas ? De esta suerte piensas
volver á tu perdido valimiento?
¿ De tantos infelices las querellas,
que cifran en tu influjo sus alivios,
atiendes de este modo ? el llanto deja:
deja inútiles quejas y sollozos
á mejor ocasion, y considera,
que el general destierro, que esperamos,
atemoriza á todos y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
edificados por las manos nuestras,
quedarán de su dueño abandonados
á injusto poseedor ; y las riquezas,
que acumuló la industria y la fatiga,
apagarán su avara sed apenas.
Considéranos ya, que fugitivos
peregrinamos apartadas tierras,
y entre bárbaros dueños arrastramos,

del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos , niños , jóvenes , mugeres
de la suerte que aguardan, se lamentan,
y el triste sollozar del idumeo
música es, que al castellano alegra.
Reprime, pues, el llanto; y si pretendes
templar con él lo acerbo de tus penas,
resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
las perlas, que aquí viertes sin provecho,
de nuestra libertad rescate sean.

Raq. No, Ruben, con tan frívola esperanza
aumentes mi dolor; deja á mi pena,
que goce del alivio, que la suerte
por único recurso la reserva.
Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran
bastantes otro tiempo á dar al mundo
sentimiento y dolor, ya se desprecian:
ya en vez de compasion iras concitan.
Cuando Alfonso otra vez solo por ellas
la guerra declarara al universo,
del Tajo undoso la dorada vena
retroceder hiciera hácia su origen,
la noche en claro dia convirtiera;
tanto en tan breve tiempo se ha mudado:
tan otro está que juzgo se deleita
en verlas derramar. Prueba costosa,
ay memoria infeliz! cruda experiencia
vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
de lo poco que puedo, y valen ellas.
En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
de su boca, Ruben, de mi destierro
he escuchado yo misma la sentencia:
de sí Alfonso me aparta riguroso.
Mira, si es bien, que de su mal se duela,
ó que admita esperanzas de consuelo,
quien tan contraria suerte experimenta.

Rub. No tan contraria es, como imaginas.
Los males cuando á ser extremos llegan,
como pasar no pueden de aquel punto,
que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desaire mayor has tolerado:
ya no hay (créeme Raquel) cosa que temas,
ya Alfonso arrepentido por ventura,
medios inquiera de templar tus quejas.
Solo de Rey respetos le contienen:
y si estos le obligaron á que hiciera
contra tu amor esfuerzos tan violentos,

no dudas, que en su pecho las centellas,
que apagar pretendió un temor en vano,
libre ya de él, con mas furor se enciendan.
Hondas raices el amor ha echado
en el alma de Alfonso: no se quiebran
cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas;
ni se puede borrar tan brevemente
la estampa, que en el pecho dejó impresa
pasion tan generosa; pues no bastan
sustos, temores, sobresaltos, penas,
disgustos, amenazas, desventuras,
ni cuantos males la naturaleza
por mayorazgos repartió á los hombres,
á retraer á quien amó de veras.

En tí la prueba tienes. Si del mundo
el dominio absoluto te ofrecieran:
si cuantas perlas el Oriente envia,
quanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
púrpuras Tyro, olores el sabeo,
el turco alfombras, el persiano telas,
quanto tesoro encierra en sus abismos
el hondo mar, y cuanto plata cuentan
sudaron los famosos Pireneos,
quando Vulcano liquidó sus venas:
si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
el amor desdeñases, te ofrecieran,
te moveria acaso? le dejaras?
pudieras olvidarle? Pues si encuentras
ese imposible en tí, ¿cómo presumes
que Alfonso, cuya amante passion ciega
egemplo singular hasido al orbe,
olvidarse de sí tan breve pueda?
Delirio es de tu amor tal pensamiento;
recobra la esperanza, y aprovecha,
si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda.

Ra. Pues puedo prometerme algun remedio
á tan extremo mal?

Rub. La diligencia
madre es de la ventura.

Raq. Y la que tiene
del rigor de su suerte tantas pruebas,
no será necia en esperar ventura?

Rub. Necedad es mayor, creer que deba
favorecer la suerte al negligente.

Raq. Cuando remedio ya ninguno queda,
no es prudencia ceder á la desgracia?

Rub. Pero ninguno llamará prudencia,
persuadirse que son irremediables

los males de la vida. No hay adversa fortuna, que la industria no deshaga ó modere á lo menos.

Raq. Pues se encuentra alguna que remedie tan gran daño?

Rub. Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.

Ra. Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyen con tus consejos sabios mis recelos, (tan mi temor con tus graves advertencias. Dispon, Ruben: Raquel obedecerte solo sabrá.

Rub. Pues si á mi arbitrio dejas de esta accion el gobierno, nada dudes; cuenta como lograda ya la empresa.

Alfonso, compelido del respeto de sus vasallos, hace resistencia á su amor, y en su cuarto retirado finge desvíos, desamor afecta.

Pero yo sé, Raquel, que interiormente por verte muere, por hablarte anhela, y que hasta conseguir desenojarte, juzga las breves horas por eternas.

Batalla con afectos diferentes el corazon del hombre; mas si llega á tomar el amor en el patido,

por él el campo y la victoria quedan.

Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte: y si hiciere á tu amor tan grave fuerza, que el impulso quebrante de su afecto, supla esta falta nuestra diligencia.

Necesario es que á Alfonso te presentes, antes que se efectúe nuestra ausencia, que de esto solo pende la esperanza, y en esto el logro de ella se interesa: pues si vuelve otra vez á verte Alfonso, difícil es que á abandonar te vuelva.

Resuélvete: y en tanto tus pesares á cuantos de ellos informarle puedan, ostenta y exagera astutamente.

Haz, Raquel, aparato de tus penas: lean todos tu enojo en tu semblante: tu dolor todos en tus ojos vean: esto conviene.

Raq. Pues si así conviene, y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia, hasta que llegue el lance que medita, los aires hincharé con mis querallas, molestaré la tierra con mis voces, (*vase.*) y aun sembraré en los cielos mis endechas.

Rub. Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas á ser segunda vez dueño de Alfonso, ó he de perder la vida en esta empresa. Mas ay de mí! que aunque me aliento en lucho con mil rezelos y sospechas, (vano y de un trágico fin ó desventura el justo horror de confusion me llena. Que lidiar contra un vulgo alborotado, oponerse al poder de la nobleza, y mantener una privanza injusta, quién sino un despatchado lo emprendiera! Pero qué importa aventurar la vida?

Aventúrese todo, Raquel tenga segunda vez de Alfonso el alvedrío; que si esto se consigue, ya te queda Ruben, abierto campo á tus venganzas. Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,

y cuantos ricos hombres en Castilla contraoponense á mis intentos puedan. Yo haré que en recompensa de su agravio pida Raquel á Alfonso sus cabezas, y que reos de estado por mi industria, les dé amor vengativo la sentencia. Mas dónde Garcerán apresurado así corre? Perpetuas compañeras son de la iniquidad las inquietudes: siempre el malvado lidia con sospechas.

Sale Man. Ruben, has visto al Rey?

Rub. En su retrete, segun acabo de informarme, queda. Mas qué motivo así te precipita?

Man. El ganar las albricias de la nueva, de que ya está Toledo sosegada; y el que antes era todo turbulencia, ya es teatro de aplausos.

Rub. Pues qué causa pudo mover pasiones tan opuestas?

Man. El haber ofrecido Hernan García de Raquel el destierro, y ta cabeza.

Rub. Mi cabeza, Manrique?

Man. No lo dudes.

Rub. Qué dices?

Man. Que á tí el pueblo te condena.

Rub. A mí! Por qué razon?

Man. Porque á tu influjo de Raquel atribuyen las violencias: su rigor, su codicia, sus audacias obras de tu enseñanza consideran,

y el encanto y prision de Alfonso octavo,
lecciones aprendidas en tu escuela.

Rub. Yo, Manrique!... Si el cielo...

Man. Esas disculpas,

con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Dúeme tu de gracia; mas no alcanzo
á remediarla; así no me detengas,
pues yo sirvo á mi Rey. Solo un consejo
darte podré de mi amistad por prueba;
y es, que en las desventuras declaradas
oponerse á la suerte, es imprudencia. *Vase.*

Rub. O cortes, ó palacios, centro infame
de engaños, falsedades y cautelas
¿cuán á mi costa llego á conoceros!

Si éste, que debe toda su opulencia,
su valimiento y auge á mis influjos,
así me corresponde; ¿cuánto yerra,
quien de áulicos confía en esperanzas,
quien cree cortesanías apariencias!

¿Mas cómo en reflexiones importunas
malogro el tiempo? El pueblo mi cabeza
está pidiendo; yo la causa he dado:
el riesgo es conocido, y está cerca.

¿Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
para librarme de ocasion tan recia?
Mas ay de mí! que el cielo acaso quiere
dar á mi iniquidad la justa pena,
y cansado tal vez de tolerarla,
pretende hacer de su justicia muestras.

Escamienten los malos en mi daño,
y en mi desdicha la impiedad aprenda,
que no siempre se peca impunemente;
y que si acaso el santo cielo deja
correr tras de sus vicios los mortales,
es por darles lugar para la enmienda,
y que su tolerancia justifique
en medio de las iras su clemencia.

Pero del Rey las guardias se descubren.
¿Qué es esto? Triste corazón, aliento;
que pues Alfonso al público se ofrece,
aun que le á mis astucias franca puerta.
Venga Raquel: renueve su hermosura
la antigua llaga que á cerrar se empieza,
y Fenix hoy amor entre cenizas
nuevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.

Sale la Guardia.

Guardia. Despejad.

Rub. Ya en el campo de batalla
tienes al enemigo. Última prueba
ésta es de tu poder, astucia mia.

Refuerza, amor, tus verdaderas flechas
á favor de Raquel, porque en Toledo
se tremole hoy triunfante tu bandera. *Vas.*

Salen Alfonso y Manrique.

Alf. Retiraos.

A la Guardia.

¿Qué en fin ya se ha aplacado *A Manrique*
el furor de la plebe?

Man. La presencia

de Hernando refrenó sus osadías,
que solo su valor los contuviera;
y porque mas afianzada quede
la pública quietud, las cien banderas,
y los dos mil ginetes destinados
y prontos á marchar ya sobre Cuenca,
del campo de la Sagra en que se alojan,
sobre Toledo vuelven; y la fuerza
ocupada, señor, de San Cervantes
con el nuevo presidio, ya no queda
motivo de temer por mas que intente
segunda novedad la plebe inquieta.

Alf. ¡O suerte miserable de los reyes,
cuán vanamente el fusto os lisonjea,
si juzgais os exime de cuidados
el poder, la corona y la opulencia!
O nombre cíngamente apetecido!

O títulos pomposos de grandeza,
solo sonido, vanidad y viento! (¿rezca?)
¿Quién, que os conozca, habrá que os ape-
Pues qué sirve el poder en los monarcas,
si siempre el rey en sus acciones queda
sujeto á la censura del vasallo,
que injusta las abona, ó las reprueba?

¿Qué sirve la corona, si su engaste
es de la voluntad fuerte cadena,
prision equivocada con imperio,
y esclavitud llamada independencia?
¿Para qué es la opulencia, si los graves
cuidados, que á los reyes nos rodean,
tiranizan el gusto de gozarla,
ocupándole tiempo en extenderla?

O fortuna envidiable del villano,
contento en la humildad de su bajeza,
y libre de los sustos y desvelos
que de continuo al poderoso cercan!
O mesa venturosa, que guarnece
grosero plato de paterna herencia
que convierte en sabroso y delicado
aquel placer, que á tu contorno vuela!
Pájiza habitacion de la alegría,
á cuyo umbral humilde nunca llega

ni de la envidia el tiro venenoso,
ni el ímpetu cruel de la soberbia.
Cuánta ventaja haceis á los altivos
alcázares reales, que aposentan
por huéspedes perpetuos de sus techos
desvelos, sinsabores y sospechas!
Cuán libremente sus deseos goza
el simple labrador, cuya pobreza
ni excita emulacion en sus iguales,
ni en los mas poderosos competencia!
Si al pellico y cayado el cetro de oro,
la púrpura real trocar pudiera,
cuán ventajoso el cambio juzgaria!
Con cuánta libertad en las florestas
del amor solamente frecuentadas
gozara tu hermosura, Raquel bella!
Nunca de estado la razon tirana
tanto bien, tanta gloria me impidiera.
O suerte! O condicion! O reino, cuánto
me debeis, si á Raquel por causa vuestra
de mí separo! Pero qué pronuncio?
Podrás, Alfonso, tú vivir sin ella?
No: que mi vida pende de sus ojos:
no: que en su pecho mi alma se aposenta.
Mas la razon, el reino, mis vasallos,
mi honor, su misma vida, las estrellas,
todo influye en su ausencia. O suerte injus-
ta! O cruel dolor! O bárbara violencia! (tal

Man. No deis lugar, señor, á reflexiones,
que aumentan vuestro mal y vuestra pena.

Alf. Deja, Manrique, que mi mal me aflija;
deja, que mis dolores cobren fuerza;
deja, que mi pasion me martirice.

Man. Mirad, señor, que vuestra vida...

Alf. Deja,
que avivando el dolor y sentimiento
el fuego que en mi pecho se alimenta,
en las aras de amor mi triste vida
ofrenda noble, y holocausto sea.
Porque vea Raquel, que si ha podido
el cuerpo separar la suerte adversa,
el alma no; que libre de embarazos
á Raquel volará como á su esfera.
O dias miserables, de horror llenos,
lentos de lutos, llenos de tristezas,
los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
O eternas noches, de dolores llenas,
aquellas, que tu ausencia lamentando,
pasaré en largo llanto y mudas quejas!
Garcerán, si el amor que me has debido,

quieres pagar con sólo una fineza
saldrás de obligaciones. Con tu acero,
abre este pecho, rómpeme las venas;
mi espíritu desata de estos lazos;
dame, dame la muerte: no suspendan
la egecucion respetos de vasallo:
piedad será esta vez lo que otra fuera
el delito mayor, pues se redimen
con solo un mal inmensidad de penas.

Man. No así ofendais, señor, mi amor y
zelo

con proponerme acciones tan violentas,
tan fuera de razon y desusadas.
Volved en vos, desvaneced ideas,
que os turban la razon y los sentido:
conservad vuestra vida; y ved que en ella
se cifra el bien de todo vuestro reino.
Y si el amor, si la pasion os ciega
tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
porque esta se conserve, todo ceda;
todo ceda, señor, á vuestro gusto.
Pensais, que pueda haber, quien no prefiera
tanto bien á cualquiera otro respeto?
Yo os lo afirmo, señor: todos desean
que vivais á Castilla largos siglos.
Además de que ya las tropas cerca
de Toledo, y la plebe sorprendida,
no queda que temer. Y antes debiera
de Raquel el destierro revocarse
en obsequio, señor de vuestra regia
autoridad, que queda desairada
de otro modo.

Alf. Qué en vano me aconsejas!

En vano tu lealtad, tu amor y zelo,
quiere templar lo acerbo de mis penas.
Cómo! podré olvidar de mis vasallos
la justa pretension? Bien visto fuera
que cuando ellos por mí se sacrifican,
de lealtad siendo ejemplo y de fineza,
como tú dices, yo correspondiese
á tan notable fe, abusando de ella?
No, Garcerán: los cielos no permitan,
que yo manille con accion tan fea
la historia de mi vida desdichada.
Y pues remedio ya ninguno queda,
acíbame, ó dolor, dame la muerte,
serás piadoso aquesta vez siquiera.

Man. Aparta! ya, señor, el pensamiento
de tan tristes objetos.

Alf. Mal penetras

del mal que me fatiga y acongoja,
el rigor, la cruel naturaleza.

Si el enfermo, que siente lastimada
una parte del cuerpo, aunque no sea
de las mas principales, no es posible
que el pensamiento de su mal divierta;
quien tiene como yo llagada el alma
de herida tan antigua y tan acerba,
cómo podrá, Manrique, distraerse
insensible al dolor que le atormenta?

Man. Mirad, que llega gente.

Sale un Guardia.

Guar. Para hablaros,
espera, que le deis, señor, licencia
Raquel.

Alf. Qué es lo que escucho? Fuerte lance
me preparas, fortuna: cruda guerra
vas a moverme, amor, en este encuentro.
Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda
á la revocacion arbitrio alguno?

Y no será crueldad, que cuando llega
Raquel á suplicar á Alfonso Octavo,
ni aun admitirla á su presencia quiera?
Qué dndo pues? Decid, que Raquel lle-

Vase la Guardia. (gue.)

Man. Ya con Ruben, señor, aquí se acerca.

Vase.

*Salen Raquel, Ruben y acompañamiento
de judías.*

Raq. Si presumís, señor, que á vuestras plan-
De rodillas. (tas

segunda vez me trae aquel designio,
de que anuleis el rígido decreto (mo..

de mi ausencia, ó mi muerte, que es lo mis-

Alf. Ay de mí Alzad del suelo: Raquel llora!

Alzando á Raquel.

Mucho de tí rezelo, valor mio.

Proseguid, pues. Qué es esto, duros astros?

Qué os deteneis?

Raq. Oid, que ya prosigo.

Si presumís, Alfonso, que este llanto,
si pensáis, que estos débiles suspiros,
prendas en otro tiempo inestimables,
cuando suerte mejor, y el cielo quiso,
vienen acaso á ser intercesores
entre vuestro rigor y mi delito,

(si haber por espondido á vuestro afecto,

merecer puede nombre tan indigno)

no lo temais. Mi llanto y mis sollozos

solo son expresion de mi martirio,
vapores, que á los ojos ha exhalado
la amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento á vuestra vista
vuelvo, señor: pues si antes he pedido
suspendierais el órden de mi ausencia,
llevada de mi amante desvario;
ya con mejor acuerdo solo trato,
de cumplir vuestro gusto, y solo aspiro
á dar la última prueba en mi obediencia
del amor conquie siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato
la vida ha de costarme, cuando miro,
que no pueden cortarse á menos riesgo
lazos que tanto amor y tiempo ha unido.
Mas si en esto, señor, de mi fineza
los subidos quilates acredito,
dulces serán los últimos tormentos,
si han de manifestar cuanto os estimo.
Males no habrá, de cuantos me propone
la triste idea del destierro mio,
que no les dé accidente de deleite
el ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad que me amenaza
en la mortal ausencia que medito,
será recreacion del pensamiento,
al contemplar sois vos quien la ha querido.
El cansancio, señor, la grave angustia
de mi espíritu vago y peregrino
trocará las congojas en descanso,
y hará de la fatiga misma alivio:
y los insultos á que quedo expuesta,
del feroz vulgo adularán mi oido,
viendo, que aborrecerme así les mueve,
de su Rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inexcusable
ausentarme de vos, pues mi peligro,
la voz del pueblo, su quietud, los cielos
lo tienen decretado y convenido;
si algun mérito tiene, amado Alfonso,
tan constante pasion, amor tan fino,
de tantos años la correspondencia,
la noble emulacion conquie habeis visto
mi ternura, y la vuestra competirse,
votos con tal desgracia repetidos,
tantas promesas por mi mal frustradas,
conque no pienso ya reconveniros,
pues me tiene tomados mi desdicha
de cualquiera esperanza los caminos;
en recompensa solo una fineza

me atrevo á suplicaros y pedirlos,
 cuyo derecho no podrá usurparme
 el rigor de esta ausencia ó exterminio.
 Esta es, Alfonso, que pues no es posible
 apagar esta llama que respiro,
 de mi pecho arrancar vuestro retrato,
 ni de mi pensamiento este delirio,
 os deba esta infeliz que así os adora
 un recuerdo tal vez, que fuisteis mio.
 Que en los años dichosos, que me amasteis,
 y yo fui vuestra, pudo el amor mismo
 ternezas aprender de mis afectos:
 que siempre el mio fue vuestro alvedrío,
 y finalmente que por adoraros,
 ausente, triste y desterrada vivo.
 Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
 este el intento es, que me ha traído,
 á causaros molestias con mi vista,
 y esto lo que por último os suplico.
 Esto hará mis tormentos menos graves,
 mis males menos duros y prolijos,
 y aborrecible menos este aliento,
 mientras la parca tuerza el vital hilo.
 Y pues instan, señor, inconvenientes,
 temores, sobresaltos y peligros (gos
 á que me ausente, ay Dios, cuántos aho-
 el espíritu siente al proferirlo!
 dadme, señor, licencia; y este llanto,

Arrodíllase.

última ofrenda, que á mi amor dedico,
 os quede por seguro que ni el tiempo,
 destierro, ausencia, penas, ni martirios,
 rezelos, amenazas, ni desastres,
 ni de la muerte el riguroso filo
 serán bastantes á borrar del pecho,
 de santa fé depósito y archivo,
 la imagen vuestra, que por tantos años
 labró el amor, el trato y el destino.

Alf. Qué es esto, sacros cielos? Qué centella,
 qué extraordinario ardor no conocido
 á mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
 tu llanto y tu dolor? Cuándo se ha visto
 sino en mi daño tan extraño ejemplo?
 fenómeno tan raro y peregrino?
 Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
 suspende los raudales: no abatido
 tengas el cielo, de quien eres copia.
 No desperdicies los tesoros ricos
 de tus preciosas lágrimas: recoge
 al lastimado pecho los suspiros.

Deja el llanto y dolor, deja la pena
 á este infeliz, á quien el hado impío
 maltrata con rigor tan importuno.
 A mí, á quien el perderte es ya preciso,
 y muriendo vivir en esta ausencia,
 corresponde, Raquel, este ejercicio.
 Segura partir puedes, de que en cuanto
 este espíritu rija el condolido
 cuerpo, que tantos males debilitan,
 su alimento será y manjar continuo
 llanto y dolor, pesar y sentimiento.
 Mas ay de mí infeliz! Qué he proferido?
 Yo, que Raquel se ausente, pensar puedo?
 Yo puedo proponerlo y consentirlo?
 Yo, que aliento al influjo de su vista?
 Yo, que en fe de que me ama solo animo?
 No es posible, ni el cielo lo consienta.
 Raquel, no has de partir: ántes el hilo
 se corte de mi vida.

Raq. Qué he escuchado?

Qué pronuncias, señor? No sois vos mismo
 quien ha determinado mi destierro?

Alf. Fue atentado, fue error, fue desvarío.

Ra. Pues vos no me intimasteis la sentencia?

Alf. No lo puedo negar: temor lo hizo.

Raq. No os mostrasteis de piedra á mis
 razones?

Alf. O no era yo, ó estaba sin sentido.

Ra. No sois vos mismo quien me aconsejaba?

No sois aquel, que astutamente fino
 me pintaba los riesgos?

Alf. Verdad dices:

tenlo por sueño, tenlo por delirio.

Ra. No despreciasteis mis reconvenções?

No os ví sordo á mis llantos y gemidos?
 Por fin de mí no huisteis?

Alf. Qué mas quieres,

Raquel, si te confieso mi delito?

Sírvame este rubor, esta vergüenza
 que paso al confesarlo, de castigo.

Errores son, que debes disculparlos,
 pues tuvieron, de amarte, su principio.

Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
 de mis ojos; contempla mi martirio.

Raq. Con qué facilidad un pecho amante,

si está tan empeñado como el mio,
 admite las disculpas que desea,

y aun tal vez disimula su artificio!

Mas cuando yo os conceda, que forzado
 obrasteis, y que solo mi peligro

os turbó la razón, es por ventura menor el riesgo ya? los conmovidos corazones están mas aquietados? se han disipado ya mis enemigos? clama menos el pueblo? la nobleza pondrá á su queja término? Vos mismo á quien ya los temores vencer saben, me dais seguridad de reprimirlos? Quereis que expuesta quede á una violencia del vulgo fiero al bárbaro capricho? (cia? de un soberbio al insulto? Quien me ama, podrá esto tolerar? Qué poderío, qué autoridad, qué auxilio me asegura de tantos riesgos? Si es que os he debido algun amor, Alfonso, no mi vida espongaís de esta suerte; y pues preciso es, que me ausente, á Dios, amado Alfonso,

Llorando, y en ademan de irse.
á Dios, y el cielo...

Alf. El cielo que ha querido *Deteniéndola.* á tan graves desdichas conducirme, y es de mi puro amor y fe testigo, no permita que Alfonso sin tí viva. Raquel amada, hermoso dueño mio, así á Alfonso abandonas?

Raq. Las estrellas, el cielo así lo manda, y mi destino.

Al. Qué en fin estás resuelta á abandonarme?

Ra. Cuanto me pesa en esta llanto explico.

Alf. Pues si mi desventura es tan notoria, y esta vida, este espíritu mezquino, como inútiles prendas considero:

Sacando la espada.

acero noble, rayo que esgrimido de mi diestra, blasones duplicasteis á Marte poderoso, ya os dedico á mejor ministerio: sed piadoso instrumento de amantes sacrificios. Y tú, Raquel, si quieres testimonios de mi constante amor ciertos y fijos, pues no oyes mi razón, estas alfombras te los cñezcan con mi sangre escritos.

En ademan de echarse sobre la espada.

Ra. Deteneos: qué haceis? qué furia es esta?

Conteniéndole.

Mirad, que de la espada el duro filo, cuando amenaza estragos á ese pecho, los obra y egecuta ya en el mio.

No advertís que ese golpe riguroso será fin de mi vida? Quién ha dicho,

que muerto Alfonso Octavo, Raquel puede vivir un solo punto? Habeis creído, que á vuestra costa pueden redimirse mis desdichas? Vivid, Alfonso mio: vivid, que Raquel solo para amaros la vida quiere. Ya, señor, me rindo á cuanto dispusiereis: ya Toledo será otra vez mi centro: no hay peligro, que á trueque de agradaos me dé a-sombro,

que me dé susto, á trueque de serviros.

Alf. O portento de amor! Sea la eterna gratitud, que te ofrezco y sacrificio, paga á tanto favor.

Raq. Y los hebreos, que no tienen, señor, otro delito, que depender de mí?

Alf. Ya los indulto.

Y porque tu temor desvanecido del todo quede; porque no receles de un vulgo osado los infieles tiros, desde hoy de mi cetro y mi corona serás dueño absoluto. Mis dominios á tu arbitrio se rijan y gobiernen: de todos mis vasallos los detinos de tí dependerán públicamente, porque todos así te estén sumisos. Ha de mi guardia.

Ocupando el solio.

Salen Manrique, la Guardia, y acompañamiento de castellanos.

Manr. y los demas. Qué ordenais?

Alf. Atentos escuchad lo que mando y determino. Soy vuestro Rey?

Man. Por tal os veneramos.

Alf. Sois mis vasallos?

Man. Este distintivo nos honra.

Alf. Y lo que yo sobre mi tronó mandare y dispusiere, no es preciso que todos le obedezcan?

Man. Quién lo duda?

nadie debe excusarse de serviros.

Alf. Está bien: y el vasallo que se opone al gusto de su Rey, ¿no es, decid, digno de la pena mayor, y por rebelde no se hace reo del mayor delito?

Man. No hay duda.

Alf. Pues supuesto que no hay duda, y supuesto tambien, que es gusto mio, sabed, que hoy en mi trono substituyo à Raquel; mi poder y mi dominio la transfiero, y yo mismo la coloco en mi solio real; esto entendido, pues confesais debéis obedecerme,

Colocándola en el trono.

sabed, que ya Raquel reina conmigo.

Castellanos. Terrible ceguedad!

Man. Si es vuestro gusto, ya os obedezco, y el primero rindo à Raquel mi respeto.

Van los demas besando la mano à Raquel como Manrique.

Rub. Bien se logra el fin de mis astucias y designios. Ya de nuevo respiro.

Raq. Qué gustoso es el mando aun en medio de peligros!

Alf. Ya estáis, Raquel, en el lugar sagrado, donde nunca alcanzar podrán los tiros de tus contrarios: ya mi imperio todo está en tu mano: ya de tu alvedrío dependen los que quieren ofenderte. Los doce mil Soldados, que destino para acediar à Cuenca, ya en Toledo entrando van; fiada en tal presidio, tu gusto ley de mis vasallos sea.

Raq. Por testimonio de tu amor lo estimo.

Alf. Y porque mi presencia no embarace que obres con libertad, yo me retiro. A Dios, bella Raquel.

Vase con la guardia.

Raq. El cielo os guarde.

Qué es aquesto, fortuna? Quién ha visto tan extrañas mudanzas en tu suerte? Qué afectos hasta aquí no conocidos el corazón combaten? La venganza me inspira indignaciones y castigos; y este asiento, que es centro de justicia, contiene mi furor, cuando me irrita. Mas podré conservar mi vida acaso, cuando me cercan tantos enemigos, por mas que este lugar me privilegie del insulto del pueblo? El atrevido infame vulgo contendrá su furie, porque yo disimule su delito? No por cierto, que el vil nunca conoce

estas obligaciones, y al maligno, à quien se disimula un desafuero, licencia se le da de repetirlo.

Prueben, pues, mi rigor.

Sale la Guardia.

Guard. Hernan Garcia, y Alvar Fañez, creyendo en este sitio hallar al Rey, entrada solicitan.

Raq. Permitidlos entrar.

Vase la Guardia.

Manr. Duro conflicto!

Sale Alvar Fañez por un lado con un pliego.

Alv. Fañ. Este es, Alfonso, el bando... Mas qué veo?

Sale Garcia por el lado opuesto.

Gar. El obsequio o pueblo... mas qué miro!

Alv. Fañ. Es ilusion?

Gar. Es sueño?

Raq. Qué os suspende?

Alvar Fañez, llegad. No me habeis visto? Qué os admira, Fernando? Qué reparos os detienen? Habeisme conocido?

Levantándose.

Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha insultasteis soberbios y atrevidos. (cho Raquel soy; qué dudais? à quien Alfonso substituye en su mando; à quien él mismo en su solio real ha colocado, (mo con quien todo el poder ha dividido; à quien ya sus vasallos mas leales tributan los obsequios mas rendidos. Soy, quien traidores castigar pretende; quien del rigor esgrimirá los filos en cuellos alevosos; quien alfombras hará à sus pies de espíritus altivos, y será con asombros y rigores de audacias e carniciento y exterminio.

Tomando el pliego à Alvar Fañez, y rompiéndole.

Mas tú, que de leal haciendo alarde, solicitas mi daño y precipicio, advierte, que así apruebo iniquidades, que así injusticias corrobora y firmo. Y tú, que diputado de alevosos viles plebeyos, el enjambre indigno tan oficiosamente representas, les dñás de mi parte, cuánto estimo, su fineza, y que ya para pagarla

prevengo hierros, lazos y suplicios.

Vase con Ruben y los demas judios.

Al. Fañ. Es posible que á tanto haya lla-
la ceguedad de Alfonso? (gado

Garc. Estoy corrido.

No sé cómo he sufrido tal ultrage.

Manrique, es esto cierto?

Man. Ya lo has visto.

Al. Fañ. Y tú lo has permitido?

Garc. Tú lo sufres?

Man. El que lo pudo hacer es quien lo hizo.

El Rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:

así, García, Alfonso lo ha querido.

Cuando su voluntad tan declarada

está, como notais vosotros mismos,

ni debe replicar ningun vasallo,

ni puede resistirla sin delito.

Yo por lo menos solo sé que debo
servir y obedecer al dueño mio. *Vase.*

Garc. Vive Dios, que es deshonra, es ig-
nominia (cho,

tal modo de pensar. Pues quién te ha di-

infame adulador, que á su Rey sirve,

quien como tú sus ciegos desvarios

obedece sin réplica, debiendo

conducirle á un desdoro y precipicio?

Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar

Fañez,

de Alfonso ves la ceguedad, ya vimos

de esa altiva judía la arrogancia.

Quén seguro estará de sus caprichos?

Quién no debe temer sus osadías?

Será razon, que el castellano brío

obedezca las leyes de una hebrea?

Será justo, que aquellos que nacimos

los primeros del reino, para darle

grandes egemplos, mudos y abatidos

una beldad tirana respetemos?

Y el pueblo que en los dos ha transigido

sus acciones y fueros, será justo

quede sujeto al abandono antiguo?

No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.

Al. Fañ. A cuanto quieras, ya me determi-

G.v. Redimamos al pueblo miserable. (no.

Al. Fa. Quanto pienses y digas te confirmo.

G.v. Libertemos á Alfonso de este encanto.

Al. Fa. Mi vida ofrezco, para conseguirlo.

Garc. Mas se debe excusar todo alboroto,

no parezca motin, el que es oficio.

Al. Fa. A cuanto dispusieres, me resuelvo.

Garc. Pues si tú me acompañas, hoy consigo
eternizar el nombre castellano
con la violenta empresa, que medito:
y verá el mundo en mí, cuando contem-
los efectos, que ya me pronostico, (ple
la mayor lealtad en la osadía;
pues hay casos tan raros y exquisitos,
en que es mas fiel el menos obediente,
y mas leal, el que es menos sumiso.

JORNADA TERCERA.

*Salen Hernan García, Alvar Fañez, y
Castellanos.*

Cast. 1. Este descuido, Hernando, esta desi-
es el alivio, que esperar debiera (dia,
un reino, que tan graves infortunios
padece?

Cast. 2. Así se cumplen las promesas,
en cuya fe libraba su esperanza
el pueblo castellano?

Cast. 1. Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
en tan fuerte ocasion?

Cast. 2. Qué indiferencia
tan odiosa en tan grande coyuntura
os suspende? Sabeis que Raquel reina?
Que Alfonso de su encanto seducido
mas que nunca á su arbitrio se sujeta?
Que el trono de Castilla venerable
ocupa ya Raquel? Que la sentencia
del general destierro del hebreo
está ya revocada? Que con fiestas
celebra el israelita, y con aplausos
por Toledo su triunfo y nuestra mengua?
Es este de Raquel el exterminio?
Esas, Hernando, son vuestras ofertas?
Sabeis, que á su rigor quedan expuestos
los vasallos de Alfonso? Qué violencias
no intentará, creyéndose ofendida!
Quién seguro estará de su soberbial
Para esto conspiró vuestro denuedo?
Así se logra al fin? No, no consienta
nuestro valor ultrage tan indigno:
muera Raquel: quien por leal se tenga,
abraza la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indiferencia
en los nobles, la hazaña, que á otros toca,
de la abtida plebe empresa sea.

Al. Fa. No así culpeis de omiso, castellanos, mi valor. Presumís que la nobleza descuidar puede sus obligaciones? Juzgais que del plebeyo las miserias puede ver, sin que exponga en su remedio toda su autoridad? Ya está resuelta (dijo) la ruina de Raquel: vuestros enojos sean el instrumento: de la empresa ha de ser Alvar Fañez el caudillo.

Echando mano á la espada, y pasándose al bando de los castellanos.

Muera Raquel: armad la invicta diestra, castellanos, y acabe esta ignominia de una vez nuestro acero.

Castellanos echando mano á las espadas.
Muera, muera.

Gar. A dónde así correis precipitados?
Deteniéndolos.

Qué furor os impele? Qué imprudencia os obliga á tan grande desacierto?

Así rompeis de la naturaleza las leyes sacrosantas? De españoles se creará acción de tanto oprobio llena?

Así de este lugar los privilegios se traspasan, profanan y atropellan? Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?

Sabeis, que el cielo y la razón condenan á quien le pisa menos reverente?

Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras mejor la gravedad del desacato, así llevarte de su furia dejas?

Qué es esto, castellanos valerosos? Reportaos: el limpio acero vuelva á su lugar; que males de esta clase los remedia el consejo, no la fuerza.

Al. Fa. Tú, Fernando, te opones al intento? Cuando en la muerte de esa vil hebrea tratamos de la vida del monarca, así el hecho acriminas y motejas?

Fernando, esto es lealtad.

Gar. Quién os ha dicho, ó multitud ilusa, que se pueda ofender á Raquel, sin que de Alfonso la autoridad y pundonor padezcan?

Al. Fa. Pues si Raquel á Alfonso tiraniza, quien quebranta sus hierros y cadenas, quien á su Rey liberta de un desdoro, no obra como leal?

Gar. Y quien intenta, que un delito castigue otro delito,

obra con equidad y con prudencia?

No obscurezcáis así vuestras hazañas: confiésoos la razón de vuestras quejas: no niego de Raquel la tiranía.

Yo mismo sus excesos y violencias acabo de sufrir, el miserable estado de la plebe las vocea.

Las naciones extrañas, todo el mundo, que el castellano imperio considera, piden satisfacción. Yo, yo entre tantos soy, el que mas que todos la desea.

Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado podremos aprobar, que se cometa contra el honor de Alfonso un desafuero.

Y cuál será la vil cobarde diestra, que se atreva á esgrimir la injusta espada contra Raquel? Será gloriosa empresa de un castellano acero, cuyos filos fueron horror de huestes agarenas,

teñirse con la sangre desdichada de una infeliz muger? Será proeza?

Alv. Fañ. Qué mudanzas son estas? Tú, Fernando,

en este mismo instante no confiesas la justicia y razón que nos asiste?

No eres tú, quien dispone y quien ordena de este mal el remedio? Para el hecho tú mismo con tus voces no me alientas?

Cómo, pues, ya te opones?

Gar. Engañado enormemente estás, si acaso piensas Alvar Fañez, que puedo retraerme de este intento jamás. Vida y hacienda,

tranquilidad, y todos cuantos bienes tiene el humano ser, al punto diera por redimir á Alfonso y á Castilla.

A esta plausible, á esta gloriosa empresa os animé; para esto con vosotros conspiró mi lealtad: mas con reserva del decoro del Rey, que es en los nobles el cuidado primero.

Alv. Fañ. Pues nos queda, para lograr el fin, otro recurso? resta algún otro medio?

Gar. Sí, otros restan. Y cuando otros no hubiera, quien haría uso del que decís, que leal fuera?

Alv. Fañ. Quien vea, que sus voces no se escuchan,

que sus ruegos é instancias se desprecian,

y que es su tolerancia y su silencio
tomento del rigor y la soberbia.

Gar. Y esa razon excusara el delito?

Alv. Quien culpe nuestra accion tambien es
confiese, que con ella se redime (fuerza,
de este reino el baldon, del Rey la afrenta.

Gar. Y esto no podrá hacerse sin que man-
el castellano nombre accion tan fea: (che-

Al. Fa. Cualquiera menos fuerte sera inútil:
tú, Fernando tú tienes la experiencia.

Gar. Clausuras hay, que roben á los ojos
de Alfonso el fuerte hechizo que los
ciega.

Alv. Fañ. Y no habrá aduladores que des-
cabran,

mérito haciendo de la diligencia,
el lugar donde esté, por mas remoto
que se procure? La voraz hoguera
de amor no deshará muros altivos,
recios candados, y robustas puertas?

Gar. Paisés hay extraños y remotos,
en que Raquel sepulte su belleza.

Alv. Fañ. Si á un amante vulgar nada
contiene; (tenga?

qué habrá, que á un Rey amante le con-

Gar. El presidio, que entrando va en To-
pudiera acaso... (tedo,

Alv. Fañ. Así las tropas nuestras
agravia, quien las vió obrar tantas veces?
Son forzadas, venales ó extrangeras?

No son gente escogida en los concejos
de Adaja, de Arlanzon, y de Pisnerga?

Gar. Qué en fin estais resueltos, castellanos?

Alv. Quecemos contener, es vana empresa.

Gar. Pues supuesto que esta's determina-
y no es posible hacer os resistencia, (dos,
solo pretendo, suspendais la furia

un breve espacio. Doble culpa fuera,
atreverse á Raquel, estando Alfonso

presente á sus ultrages: ni pudiera
vuestra intencion acaso conseguirse,

si por ventura Alfonso á comprenderla
llegase. Y pues que suele con el noble

recreo de la caza partir treguas
en la guerra de amor, esta oportuna

ocasion esperad, porque con ella
vuestra accion se asegure, y que de Alfon-

menor sea el dolor, menor la ofensa. (so

Alv. Fañ. Discutres bien, Garcia, y por-
que notes,

que solo el bien del Rey hoy nos alienta,
y de Alfonso el honor, se spenderemos
por ahora el intento: mas se entienda,
que ha de morir Raquel precisamente.

Ca. 2. Dispon cuanto juzgares que conven-
como á verter su sangre se dirija. (ga,

Alv. Fañ. Sí, castellanos: su maldad pe-
rezca.

Vanse Alvar Fañez y Castellanos.

Gar. O fiera multisud, cómo se en gaña,
quien sobre tí tener arbitrio piensa!

Mas, pues he suspendido los enojos,
aprovechemos la ocasion estrecha.

Sepa Alfonso el peligro á que su ciego
amoroso del río tiene expuestas

su autoridad, y de Raquel la vida:
que por ventura, si á saberlo llega,

de sí la apartará, por libertaria.

De esta suerte Castilla se sosiega:
de Alfonso no padece el real decoro:

su vida esa infeliz tambien conserva;
que aunque tan ofendido y agraviado

me tiene, esto le debo á mi nobleza.

Sale Manrique.

Man. Mucho siento, Garcia, haber de darte
un disgusto y pesar.

Gar. ¿Qué necio fuera,
quien esperara ménos que pesares

en tan infames días, en que reina
la iniquidad, y están entionizadas

la maldad, la injusticia y la violencia!

Dí, Manrique, cuáles: nada me a usar:
nada me admira ya.

Man. Raquel ordena,
salgas hoy de Toledo desterrado.

Gar. Desterrado? Y por qué?

Man. Porque fomentas
sediciones contra ella, y...

Gar. Sella el labio:
porque me irrita mas que tú te atrevas

á proferir calumnias semejantes,
que el proceder injusto de esa hebrea.

Yo muevo sediciones? Vive el cielo, (sa,
que miente quien lo dice, y quien lo pien-

Qué hubiera sido de la infame sangre
de esa muger, si yo leal no hubiera

contenido los animos feroces,
que ya volaban á saciarse de ella? (do?
Quién es, quien de su vida ha ido escu-
Y quién acaba de...? Pero qué necias

satisfacciones? Dí á Raquel, que Hernando dice que tiene Rey á quien venera: que solo sus preceptos obedecer: que los demas los oye y los desprecia; y que no es de la clase desdichada de aquellos que por medio de vilezas pretenden sus aumentos, como hace alguno de su crédito con mengua. Y áta, que si juzga que en Toledo incomodarla puede mi asistencia, esta mur egrñada: que entre tanto que ella su perdicion busca y fomenta, busco yo modos de librar su vida de los continuos riesgos que la cercan que vele sobre í, pues de contrarios poderosos la cólera reuelta contra su vida se arna nuevamente.

Débame esa cruel esta advertencia: correspondá á un agravio un beneficio: que á í, Manrique, Hernan Garcia se Man. Mi obligacion, Hernando... (venga Gar. La de un noble,

y la de un castellano fiel debieras mirar mejor.

Man. Los Laras de leales siempre fueron espejo.

Gar. Bien lo prueba, el haber entregado á Alfonso en Soría de su tirano tío á la tutela.

Nuño Almeri, que supo rescatarle, dirá vuestros elogios.

Man. Fué violencia.

Gar. Conveniencia diriais propiamente, pu s los valió del reino las tenencias.

Man. Siempre Laras y Castros se estimaron.

Gar. Mi padre lo diria, si viviera: de quien porque en la vida no pudisteis, la venganza tomasteis en la huesa.

Man. Pero yo de vos siempre...

Gar. El enemigo habeis sido: ya sé vuestras cautelas: ya sé, cuánto me honrais: ya lo comprendi y supuesto que el Rey aquí se acerca (do con Raquel, eperid vue tros oficios,

reiterat cumi ions é indecencias, obsequios afectad intere ado;

ya m'éntas yo espero á Alfonso, donde ue darle aviso, que mas á mi honor cuadren:

que liberten su solio de una ofina: que sosieguen disturbios y alborotos;

que ésta es mi lealtad, esa es la vuestra.

Vase.

Man. Corrido estoy.

Salen Alfonso, Raquel, Ruben y acompañamiento.

Raq. En fin determinado *Llorando.* e mis, Señor, á hacer mas placenteras las or llas del Tajo, con pisartes en medio de los sustos que me cercan?

Alf. Sí, Raquel. Mas tú lloras! Tú suspiras? Qué temes, Raquel mia? Qué recelas? No mandas ya en Castilla? No se rigen á tu arbitrio mis reinos? Ya tu diésira no es el móvil de todo? En mis dominios no te obedecen todos y respetan?

No tienes ya poder para vengarte, si hay alguno tan necio que te ofenda? No reinas como siempre en mi alvedrío? Tus órdenes Toledo no venera? Y en fin, no eres de todo el absoluto dueño?

Raq. Si, Alfonso; y solo así pudiera contemplarse de vos menos indigna mi humildad. Hoy, señor, vereis que cierta

amor en la eleccion que de mí hace, y que no siempre son sus obras ciegas.

Alf. Sí, Raquel mia: amor te ha coronado. Y porque tengas desde luego pruebas de la estabilidad de tu gobierno,

y enan segura estas aun en mi ausencia, el placer ordinario de la caza

intento no negarme. Nuevas fuerzas á las guardias se sumen en de palacio á mayor prevencion. A í de echa,

Raquel hermosa, esos recelos vanos, que te causan pesar. Contigo queda el alma que te adora; y pues me brindan

del Tajo ya las placidas riberas, á Dios, bella Raquel.

Vase Alfonso con el acompañamiento.

Raq. El cielo os guarde. Cuánto, ay de mí, que os ausenteis me pesa!

Qué es esto, congojado pecho mío? Corazon, qué temor te desalienta?

Qué os es te atribulan? Ya Castilla, á mi arbitrio no rinde la obediencia?

Pues, corazon, qué graves sobre-altos son los que te combaten, y te aquejan?

Sin duda debe ser, que como el cielo no te crió para tan alta esfera, como es el solio regio, mal se halla tu natural humilde en su grandeza. Tomen egemplo en mí los ambiciosos, y en mis temores el soberbio advierta, que quieu se eleva sobre su fortuna, por su desdicha y por su mal se eleva. Mas cómo así me agravio neciamente? Mi valor, mi hermosura, las estrellas, el cielo mismo, que dotó mi alma de tan noble ambicion, y la fomenta, no confirman mi mérito? ¿Pues cómo me puedo persuadir, que exceso sea de la suerte el supremo, el alto grado, en que está colocada mi belleza? El frívolo accidente del origen, que tan injustamente diferencia al noble del plebeyo, ¿no es un vano pretexto que la mísera caterva de espíritus mezquinos valer hace contra las almas grandes, que en las preñconque las ilustró pródigamente (das el cielo, las distingue y privilegia? No hay calidad, sino el merecimiento: la virtud solamente es la nobleza.

Sentándose.

Esto supuesto, habéis, Ruben, mandado disponer mis decretos?

Rub. Ya la hebrea

nacion por mí las gracias te tributa, por lo mucho, Raquel, que te interesas en su alivio. Los pechos que pagaba, los servicios, las cargas y gavelas están ya suspendidas, y dispuesto el reintegro tambien de todas ellas á costa del erario, como mandas; y porque éste tampoco así padezca, al pueblo castellano se duplican los impuestos.

Raq. ¿Razon acaso fuera, que euando de este reino los vasallos en riquezas abundan y en haciendas, repartiase con pobres extrangeros, cuya industria y trabajo son sus rentas, las cargas del estado? Fuera injusta política.

Rub. Tambien, segun ordenas, el bando se ha dispuesto, que prohíbe, que dentro de Toledo nadie pueda

armas traer sin el real permiso: y aunque con la noticia descontento está la gente ardiente y belicosa, viéndose desarmar, que efecto tenga el mandato á su tiempo, no lo dudes.

Raq. Así se humillará tanta soberbia.

Rub. Las cabezas del público alboroto se buscan; pues se sabe con certeza, que no le fomentó Fernan Garcia, para que se haga un e carmiento en ellas.

Raq. Está bien: mas de Hernando las au-se deben castigar. (dacias

Rub. Ya le destierras.

Man. Y yo, Raquel, que le he notificado el orden, soy testigo de la fiera altivez, conque á tí y á tus decretos vilipendió.

Ra. Pues luego se le prenda: *levantándose.* como á reo de estado se le trate, y probada su torpe inobediencia, hoy le vea Toledo en un cadalso, donde á un verdugo rinda la cabeza.

Rub. Corto castigo á tanta demasia.

Aqueso sí, Raquel: todo perezca, quanto á tu elevacion contradijere, quanto pueda oponerse á tu grandeza, Haz que Castilla sienta tus rigores: de sangre criminal las calles riega: no quede castellano sospechoso, que no adore tu planta, ó que no muera.

Raq. Cómo adulan mi oido esas palabras? cómo, Ruben...?

Cast. dent. Sin nota de vileza ya sufrir mas la lealtad no puede.

Raq. Ruben, qué nueva confusion es esta? *Gar. dent.* Reportaos, castellanos: no desdore

vuestra fama y renombre accion tan fea.

Cast. dent. Es tiranía, ya sufrir no puede la lealtad sin nota de vileza.

Man. Voces del pueblo son alborotado.

Raq. Del pueblo? qué pretende?

Rub. Acaso intenta

demonstrar con su pública alegría, que en tus elevaciones se interesa.

Cuánta fuerza me hago al pronunciarlo? Mucho temes, Ruben: mucho recelas.

Raq. Ha de la guardia? Pero qué es aquesto? Nadie me oye? Ay de mí! Todos me dejan?

Examina la causa de este exceso,

Manrique.

Man. Al Rey con la mayor presteza
buscaré; que sabiendo tanto insulto,
volará á remediarle.

Raq. Ya mas cerca
el rumor se oye.

Cast. dent. Ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza. (todo

Rub. Ay de mí! qué es aquesto? el pueblo
segunda vez se arma en nuestra ofensa.

Donde me esconderé, que el riesgo evite?

Ra. Ay de mí triste! qué desdicha es esta?

Qué es aquesto, Ruben! No has escuchado?

Rub. Estas son las funestas consecuencias,
que por mas que es forzada el artificio,
temí de mi ambicion y tu soberbia.

Del extremo peligro en que nos vemos,
ella ha sido la causa: considera
el triste fin, que las maldades tienen,
y huye de tanto riesgo, como puedas.
No pongas mas en mí la confianza,
que no valen ya astucias ni cautelas.

Vase.

Raq. O caduco traidor! Qué tarde llego
á conocerte! Tus inicuas reglas,
tus consejos mi mal han producido.

Y ahora de mí huyes, y me dejas?

Mas ay de mí! O Alfonso descuidado,
con cuán justa razon lloré tu ausencia!

Qué haré? dame remedio ingenio mio.

Mas, ay! qué la atrevida voz sangrienta
entre quejas me intima mi desgracia,
diciendo, que el sufrir es ya vileza.

Ya el tirano cuchillo que el airado
brazo contra mí esgrime, me amedrenta,
y ya parece, que en copiosas fuentes
el humor se desata de mis venas.

Qué horrorosa es la imagen de la Parca
á un alma enamorada! O quién pudiera
revocar con el aire de un suspiro

á Alfonso! Pero ya que se decreta (le,
mi muerte, el cont. m. plar, que es por amar-
menor hace el dolor, menor la pena.

Y vosotros, ministros injuriosos
de la ferocidad y la inclemencia,
llegad apresurados. Qué os detiene?

Dad la muerte á Raquel, que ya la es-

Sale García. (para.

Gar. La vida vengo á darte, no la muerte;

aunque no fuera extraño lo temieras
cuando ofendes mi honor con tanto ul-
traje.

El pueblo, ya lo escuchas, la sentencia
fulmina contra tí, y en mil espadas
te amenaza la muerte: su fiera
ni atiende mi valor, ni mi respeto.
La misma guarnicion, que en tu defensa
ha llegado, comun hace la causa.

Tomadas están ya todas las puertas,
para lograr su intento. Yo, que á Alfonso
venero con la fé mas verdadera,
que caido del honor de su corona,
y solo sus servicios me desvelan;
cuando todos tu muerte solicitan,
guardo tu vida; mi lealtad atenta,
al salir á la caza, le esperaba,
para avi arle de la torpe y fiera
resolucion del pueblo; mas él ciego,
por adular tu indignacion proterva,
no solo no me oyó; pero ni quiso
admitirme siquiera á su presencia.

Y aunque pudo el desaire retraerme
de mi designio, valgate el ser prenda
de mi Rey y Señor; el ser yo noble;
el ser leal vasallo: mis querellas
personales pospongo á su decoro:
que esto manda el honor y la nobleza.

Raq. Cómo, aleve, traidor?...

Gar. Raquel, no es tiempo
ni de satisfacciones ni de quejas.

Yo soy leal; jamás tu muerte quise,
y si lo quieres ver, tienes la prueba.

Re úvelte, Raquel: á esos jardines
de la torre vecina da una puerta,
que el no uso tiene ya casi olvidada:
criados y caballos, que me esperan,
prevenidos están: el iaminente
riesgo salvemos: demos así treguas
á que volviendo Alfonso, se remedie
tan grave mal.

Raq. Ya alcanzo tus cautelas.

Quieres valerte tú de ese artificio,
para hacer tu venganza mas secreta?

Ga. Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

Raq. Muera yo, como nada á tí te deba.

Gar. Advierte, que tu muerte es ya precisa.

Raq. Si te creyese, mas precisa fuera.

Gar. Qué en fin quieres perderte?

Raq. No te escucho.

Gar. No me quieres seguir?

Raq. Esroy resuelta.

Gar. Así mueres sin duda.

Raq. Y si te sigo,
será acaso mi muerte menos cierta?

Ga. Pues si hubiera artificio en mis palabras,
y aspirara á vengarme, no lo hiciera
impunemente por agena mano
en tanta confusion?

Raq. En vano empleas
razones que no pueden persuadirme;
si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
y si son verdaderas, porque el hecho
me llena de rubor y de vergüenza. *Vase.*

Gar. Válgame Dios, cómo permite el cielo,
que los malos se cieguen, cuando intenta
castigar sus delitos y maldades?
Pero qué podrá hacer? Ya la violencia
penetra hasta este sitio.

*Salen Alvar Fañez y Castellanos, con
las espadas desnudas.*

Alv. Fañ. Castellanos,
muera aquesta tirana.

Cast. Muera, muera.

Gar. Bárbaros, cuyo insulto á sacrilegio
pasa ya: qué furor os atropella?
No contiene ese solio vuestras iras?
del lugar lo sagrado no os refrena?
Sois castellanos? Sois...?

Cast. 2. Porque lo somos,
de este lugar vengamos las ofensas.

Alv. Fañ. Y porque nos preciamos de leales,
borrar queremos las indignas huellas,
que te profanan con la sangre misma
del sugeto, que obró la irreverencia.
Ea, pues, castellanos, examine
nuestro euidado hasta las mas secretas
cámaras de este alcazar; y tú, Hernando,
no hagas á nuestro intento resistencia;
pues tu valor expones á un desaire,
y tu fidelidad á una sospecha. *Vase.*

Gar. O ilusion temeraria! en el delito
cifras la lealtad. O quién pudiera
contener el exceso! Mas si á Alfonso
corro á avisar, Raquel expuesta queda;
si en su defensa expongo yo mi vida
podré lograr acaso con perderla,
librar la suya? O extremos infelices!
Si acaso viendo el riesgo, se aprovecha
de mi aviso Raquel? Hacia el postigo

parto veloz con intencion resuelta
de libertaria, aunque mi vida arriesgue.
Pero Ruben...

Salé Ruben.

Rub. O horror! ó muerte! ó tierra!
cómo á este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
y esconde en ellas mi cansada vida:
librame de los riesgos que me cercan.
Qué susto! qué pesar! nadie se duele
de mí?

Garc. Sí, infame. *Sacando la espada.*

Rub. Tu rigor modera:
ten, Fernando, piedad: no me des muerte.

Gar. Vil consejero, horrible monstruo, fiera,
cuyo aliento mortal inspiró tantas
máximas detestables á esa hebrea,
que por fin se desdicha han produci lo,
y la tuya tambien; aunque merezcas
bien la muerte cruel, que estás temiendo,
sabe, que aqueste acero en tu defensa
arma mi brazo.

Rub. Cielos, qué he escuchado?

Gar. Y que á Raquel, si el cielo no lo niega,
he de librar á costa de mi vida.

No por tí, infame hebreo: no por ella:
por ser leal: por ser García de Castro,
y porque el mundo por mis hechos vea,
que el noble noblemente ha de vengarse;
y que cuando del Rey el honor me lia,
á su decoro deben posponerse
propios agravios, y privadas quejas. *Vase.*

Rub. O palabras terrible! cuánto engino
padece aquel que juzga de apariencias!
quién tal creyera de su altanería?
Mas, ay de mí! la débil planta apenas
puedo fijar. Qué sustos, qué congojas
me oprimen! O ambicion cuánto acarreas
de males al que necio te da entrada!
Ya sin duda á Raquel la furia ciega
habrá dado la muerte: ya la mia
se aprestura: ay de mí! Pero no es esta?
No es Raquel la que huyendo hacia a-
qui viene?

ó si evitar pudiese que me viera!

Retírase detrás del solio.

Salé Raquel.

Raq. O muger desdichada! A cada paso
el corazon desmaya, el pie tropieza.
O peligro! ó dolor! De mil espadas

huyendo vengo: ni en la fuga acierta mi confusion: el miedo me deslumbra. Ya el tropel se avvicina: ya no queda refugio á mi temor. Lugar sagrado,

Al solio.

cuya ambicion es causa de estas penas, sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis teatro de mi orgullo y mi soberbia: encubridme á lo menos... mas qué miro? Tú aquí, Ruben! tú, infame! ya no espera remedio mi desdicha; pues no pueden, donde esté tu maldad, faltar tragedias. Ya ves cómo se lucen tus doctrinas, maestro infame, que en tu torpe escuela el arte me enseñaste de perderme. Castellanos, volad: nada os detenga; aquí á Raquel teneis, que ya gustosa morirá, si Ruben muere con ella.

Rub. Cómo, Raquel?... Si el cielo... mas qué escucho?

Alvar Fañez dentro.

Entrad: no os detengais: romped las puertas si estorbasen la entrada.

Raq. Ay de mí triste! qué confusion! qué susto!

Salen Alvar Fañez, y Castellanos con las espadas desnudas.

Castellanos. Muera, muera.

Raq. Traidores... mas qué digo? Castellanos, nobleza de este reino, ¿ así la diestra armáis con tanto oprobio de la fama contra mi vida? Tan cobarde empresa no os da rubor ni empacho? los ardores, á domar enseñados la soberbia de bárbaras escuadras de africanos, contra el aliento femeníl se emplean? presumís hallar gloria en un delito, y delito de tal naturaleza, que complica las torpes circunstancias de audacia, de impiedad y de infidencia? á una muger acometeis armados? el hecho, la ocasion no os avergüenza? será blason cuando el árabe ocupa con descrédito vuestro las fronteras, convertir los aceros á la muerte de una flica muger que vive apenas? qué causa á tal maldad os precipita? qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

Alv. Fañ. El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,

y tu misma maldad hacen, no veas las causas, los principios de este enojo: bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras, y bien tu disimulo nos confirma la justicia y razon que nos alienta.

Raq. Pues mi delito es mas, que ser amada de Alfonso? que pagar yo su fineza? en cuál de estas dos cosas os ofendo?

está en mi arbitrio hacer que no me quiera? Si el cielo, si la fuerza de los astros

le inclinan á mi amor, en su influencia, debo culpada ser? puede el humano

alvedrío mandar en las estrellas?

Mas ya sé, que direis, que mi delito es el corresponderle. Cuando intenta

la malicia triunfar, ¡ó cómo abulta frívolas causas, vanas apariencias!

Puede dejar de amarle, siendo amada? ¿si un Rey con solo su precepto fuerza

á su imperio, juntando las caricias, su amor, su halago, las heroicas prendas,

que le hacen adorable, bastaría algun esfuerzo á hacerle resistencia?

Juzgad con mas acuerdo, ó castellanos: ved que el enojo la razon os ciega:

remitid esta causa á mas examen: atended:::

Alv. Fañ. Ya está dada la sentencia.

Raq. Mirad que es la passion quien la fulmina.

Alv. Fañ. No, tirana: tu culpa te condena.

Raq. Qué en fin he de morir? aqueste llanto...

Alv. Fañ. No nos mueve, Raquel: no tiene fuerza.

Raq. Lo negro de la accion no os horroriza?

Alv. Fañ. Si de la patria el bien se cifra en ella,

timbre la juzgarán, y si de Alfonso el honor restauramos, es proeza.

Raq. Y su honor restaurais, cuando atre-

vidos muerte le dais? sabeis que se aposenta su alma con la mia? que es mi pecho de su imágen altar? que de las fieras

puntas que penetraren mis entrañas, es fuerza que el dolor las tuyas sientan? no veis que él morirá, si yo muriere?

Alv. Fañ. El rayo del furor la torpe hiedra abrasará sin que padezca el tronco

que ella aprisiona con lascivas vueltas.

Raq. El amarle llamais &c.

Alv. Fañ. Amor te mata;

si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

Raq. No, traidores; no alevos; no cobardes, y si porque amo á Alfonso me sentencia vuestra barbaridad, no me arrepiento: nada vuestros rigores me amedrentan.

Yo amo á Alfonso, y primero que le olvi- primero que en mi pecho descaezca (de, aquel intenso ardor conque le quise, no digo yo una vida, mil quisiera tener, para poder sacrificarlas

á mi amor. Qué dudais? Mi sangre vierta vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco tan voluntariamente, abrid mil puertas; que no cabrá por menos tanta llama, tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

Rub. A lo menos Ruben sin defenderse,

Sacando el puñal.

no ha de morir.

Alv. Fañ. Mataolos. Mas no sea

nuestro acero infamado con su sangre. Este hebreo, que el cielo aquí presenta,

ha de ser, castellanos, su verdugo.

Tú, Ruben, si salvar la vida intentas, pues consejero fuiste de sus culpas,

ahora egecutor sé de su pena.

Raq. O cielos, qué linage de tormento

tan atroz!

Rub. Yo!

Alv. Fañ. Ruben, no te detengas,

Poniéndole la espada al pecho.

si pretendes vivir.

Rub. Pues no hay remedio,

Híerela.

conserve yo mi vida, y Raquel muera.

Raq. Ay de mí!

Alv. Fañ. Pues está ya herida, huyamos.

Vase Alvar Fañez y castellanos.

Raq. Tú me hieres, Ruben? Tú? Satisfecha

no estaba tu maldad con haber sido

la causa de perderme: dura pena!

sino que eres, infame, el instrumento

de mi muerte tambien? Mas no es tu dies-

hebreo vil, la que me da la herida: (tra,

amor me da la muerte. Qué torpeza

mis miembros liga! Amado Alfonso mio,

dónde estás? Qué descuido así te aleja?

así morir consientes á quien amas?

en tanto mal, á quien te adora dejas? (tel

Vuela, Alfonso: Ay de mí! ó amorlo muer-

Apoyándose en la silla.

Y tú, ó trono, que causas mi tragedia,

ayuda á sostener el cuerpo débil,

que el alma desampara: Alfonso, vuela,

y recibe este aliento, que el postrero (za

es de mi vida. Ay Dios! Qué mal se esfuer-

el corazon! Alfonso... amado Alfonso...

Qué te detiene? Cómo á ver no llegas?..

Cayendo al pie de la silla.

Salen Alfonso y Manrique escuchando.

Alf. Cierta es ya mi desdicha. Mas qué veo!

Precipitado hácia Raquel.

Raquel! Ay infeliz! Raquel! tú muerta?

Raq. Sí: yo muero: tu amor es mi delito:

la plebe, quien le juzga y le condena:

Solo Hernando es leal: Ruben, qué ansia!

me mata: y yo por tí muero contenta.

Muere.

Alf. Ay infeliz de mí! ó amor! ó golpe

duro y mortal! ó mano infame y fiera!

Raquel mia, mi bien, quién de esta suerte

de púrpura tiñó las azucenas?

cuál fue el aleve, cuál el fiero brazo,

que la flor arrancó de tu belleza?

qué tempestad furiosa descompuso

tu lozania? qué envidiosa niebla

abrasó los verdores de tu vida?

qué venenoso aliento, qué grosera

planta infame ultrajó tus perfecciones?

quién el cobarde fué, que en tu inocencia

ensangrentó el acero? Dueño amado,

mi Raquel: no me oyes? tú te niegas

á Alfonso? Dadme muerte, penas mias.

Contigo glorias los pesares eran,

y sin tí ya, qué puedo prometerme,

que no sea dolor, pesar no sea?

Mas muerta tú, yo vivo, y no te vengo?

Qué es aquesto, dolor? Qué es esto, ofen-

Pero no dices tú, Ruben me mata? (sas?

Cuál el motivo fué? Pero qué necias

mis dudas son, Raquel. Tú, no le acusas?

Pues muera este traidor, y con él mue-

ran

cuantos... Mas cielos... O cruel! alarde

Reparando en Ruben.

haciendo estás de tu delito?

Rub. Templá

el furor un momento, mientras digo,

Alfonso, mi disculpa.

Alf. Puede haberla, traidor, para una accion tan horrorosa?

Rub. De tus mismos vasallos la violencia, el temor de la muerte y su amenaza me han obligado á hacerlo.

Alf. O vil empresa!

Tómale el puñal.

Y esa es disculpa? Amado dueño mio, en venganza recibe de tu ofensa

Híetele.

la vida de este alevé por primicias de otras muchas. Las lóbregas tinieblas del infierno sepulten tus maldades.

Rub. Quien con ellas vivió, muera por ellas.

Cayendo.

Sale García. Alfonso... Pero qué es lo que estoy viendo?

Alf. La mas infame hazaña, la mas fea, la maldad mas obscura y detestable. Muerta ves á Raquel á la violenta furia de mis vasallos.

Garc. Qué desdicha!

Yo, Alfonso...

Alf. Tu lealtad, y tu nobleza (do- sé ya, Hernando: Raquel la ha publica-

Man. Sí, García: muriendo la confiesa.

Alf. Mas al cielo protesto, que es testigo de accion tan inhumana y tan sangrienta; á los hombres, que el hecho escandaliza al mundo, que le culpa y le detesta, á la fidelidad de los leales, á mí mismo, á ese trono, cuyas regias prerogativas se hallan ultrajadas, y á tí, ó Raquel, que con tu sangre riegas de este lugar el trágico distrito, la mas atroz venganza; porque vean,

los que tengan noticia de la injuria, que si hubo quien osase cometerla, tambien hubo quien supo castigarla. Venganza, amor; quien te ha ofendido, muera.

Salen Alvar Fañez y Castellanos.

Alvar Fañez de rodillas.

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes satisfaccion tomar de esta, que ofensa acaso juzgarás, y por servicio reputamos nosotros, las cabezas á tus pies ofrecemos, que no importa morir, cuando tu honor vengado queda.

Alfonso poniendo la mano en la espada.

Cómo, traidores?... Cómo, desleales?...

Gar. Señor, si con vos tiene alguna fuerza *Deteniéndole.*

mi ruego, reprimid vuestros enojos; á la justicia remitid la queja:

Mirad, señor, que el zelo los disculpa.

Alf. Tienes razon que el santo cielo ordena,

por mas atroz que sea su delito,

que quien lo cometi6, disculpa tenga.

Yo tu muerte he causado, Raquel mia: mi ceguedad te mata: y pues es ella

la culpada, con lágrimas de sangre lloraré yo mi culpa, y tu tragedia.

Yo os perdono, vasallos, el agravio:

alzad del suelo, alzad: sirvaos de pena

contemplar lo horroroso de la hazaña, que emprendisteis en esabeldad muerta.

Todos. Confusion y dolor causa su vista.

Garc. Escarmiente en su egemplo la soberbia:

pues cuando el cielo quiere castigarla, no hay fueros, no hay poder que la defienda.

FIN.

VALENCIA:

Imprenta de Domingo y Mompié.

1821.

En la misma imprenta y librería se hallarán un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales, por mayor y menor.

Ayuntamiento de Madrid

EN DICHA LIBRERÍA SE HALLARAN LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

- 73 Abristela y Lisidante.
 223 A falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca.
 29 Afectos de odio y amor.
 25 Agradecer y no amar.
 165 A lo que obligan los zelos.
 98 Amado y aborrecido.
 102 Amar despues de la muerte.
 59 Amigo, amante y leal.
 164 Amor, astucia y valor.
 194 Amor y virtud á un tiempo.
 196 Antes que todo es mi Dama.
 17 Argenis y Poliarco.
 21 A secreto agravio secreta venganza.
 60 Basta callar.
 107 Bien vengas mal.
 115 Caer para levantar.
 186 Cada cual á su negocio.
 108 Cada uno para sí.
 14 Caprichos de amor y zelos.
 150 Carlos Quinto sobre Tunez.
 2 Casa con dos puertas mala es de guardar.
 105 Céfalo y Procris.
 22 Cómo á Padre y como á Rey.
 204 Como han de ser los amigos, y el Non Plus Ultra de la amistad
 92 Con quien vengo, vengo.
 163 Contra valor no hay desdicha.
 54 Cuál es mayor perfeccion.
 196 Cuando no se aguarda, y Príncipe tonto.
 113 Dar la vida por su Dama.
 80 Darlo todo y no dar nada.
 67 Dar tiempo al tiempo.
 183 David perseguido, y montes de Gelboé.
 265 Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.
 144 Del Cielo viene el buen Rey.
 53 De una causa dos efectos.
 71 Dicha y desdicha del hombre.
 101 Duelos de amor y desden, en papel, cinta y retratos.
 104 Duelos de amor y lealtad.
 259 Donde hay agravios no hay zelos, y Amo Criado.
 195 Eco y Narciso.
 179 El Amor mas desgraciado, Céfalo y Procris.
 181 El Amor mas verdadero.
 821 El Arca de Noe.
 195 El Asombro de Turquía, y valiente Toledano.
 153 El Asombro de Jerez y terror de Andalucía, D. Agustin Florencio.
 232 El Asombro de Jerez. Juana la Rabicortona.
 22 El Astrólogo fingido.
 41 El Ayo de su Hijo.
 162 El Bantido mas honrado y que tuvo mejor fin, Mateo Vicente Benet.
 324 El Baon.
 217 El Bruto de Babilonia.
 188 El Cain de Cataluña.
 273 El Calderero de San German.
 130 El Cascabel del demonio.
 106 El Castillo de Lindabridis.
 206 El Catalan Serrallonga, y Bandos de Barcelona.
 171 El Cerco de Roma por el Rey Desiderio.
 122 El Conde Alarcos.
 128 y 129 El Conde de Saldafia, y hechos de Bernardo del Carpio. Dos partes.
 45 El Conde Lucanor.
 156 El Defensor de su Agravio.
 46 El Delincuente honrado.
 211 El Divino Nazareno Sanson.
 252 El Dómine Lucas.
 40 El Encanto sin encanto.
 256 El Ermitaño galan, y Mesonera del Cielo.
 84 El Escondido y la Tapada.
 125 El Falso Nuncio de Portugal.
 301 El Galan fantasma.
 83 El Garrote mas bien dado, y Alcalde de Zalameda.
 119 El Genizaro de Hungría.
 47 El Golfo de las Sirenas.
 42 El gran Príncipe de Fez, D. Baltasar de Loyola.
 43 El Hijo del Sol Faeton.
 229 El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas.
 230 El Honor es lo primero.
 55 El Jardin de Falerina.
 293 El Job de las mugeres, Santa Isabel Reina de Ungría.
 168 El José de las mugeres.
 148 El Juramento ante Dios.
 33 El Laurel de Apolo.
 181 El Licenciado Vidriera.
 117 El Maestro de Alejandro.
 26 El Maestro de danzar.
 218 219 220 221 y 222. El Mágico de Salerno, cinco partes.
 68 El Mágico prodigioso.
 205 El mas heroyco Español, lustre de la antigüedad.
 200 El mas tímido Andalúz, y guapo Francisco Estevan.
 262 El mas valiente Andalúz, Antonio Bravo.
 13 El mayor encanto amor.
 19 El mayor Monstruo los zelos, y Tetrarca de Jerusalem.
 111 El Médico á palos.
 16 El Médico de su honra.
 137 El Milagro por los zelos, y Don Alvaro de Luna.
 39 El Monstruo de los jardines.
 176 El Montañés Juan Pascual.
 126 El Negro mas prodigioso.
 179 El Ofensor de sí mismo.
 134 El Pintor fingido.
 257 El Polifemo.
 37 El postre duelo de España.
 12 El Príncipe constante, y Mártir de Portugal.
 143 El Príncipe de los montes.
 154 El Príncipe prodigioso y defensor de la Fe.
 199 El Príncipe Villano.
 3 El Purgatorio de San Patricio.
 166 y 167 El Rayo de Andalucía y Genizaro en España. Dos partes.
 329 El Rencor mas inhumano de un pecho aleye y tirano, ó la Condesa de Jenovitz.